

Muy queridos hermanos sacerdotes,  
queridos hermanos y hermanas religiosas y laicos:

Es maravillosa nuestra Asamblea en la Concatedral de San Nicolás, bajo la mirada cercana de Nuestra Señora del Remedio. Todos vosotros me hacéis presente a la Iglesia Diocesana: el buen grupo de seglares y religiosas, que tomáis parte en la celebración de la Misa Crismal. Y, sobre todo, me hacéis presente a nuestra Iglesia el abundante número de presbíteros con los diáconos. Es el día más señalado de nuestro Presbiterio Diocesano, la expresión más fuerte de la comunión fraterna y de la comunión conmigo. Me alegra veros unidos en torno a este altar. Recibid mi abrazo de hermano.

Traéis, además, con vosotros a las comunidades parroquiales, a los movimientos apostólicos y a las asociaciones, a todos los servicios de la Diócesis, el buen trabajo de todo el año. Os pido que veáis con nosotros y junto a mí a Don Pablo y sabed que están también presentes nuestros compañeros misioneros, algunos de ellos expresamente me lo han manifestado. Y tenemos un recuerdo de afecto para los sacerdotes enfermos.

Queridos hermanos:

Aquí está la Iglesia de Jesús en Orihuela-Alicante. Aquí está el Señor. Aquí está el Espíritu. Os saludo fraternalmente y de corazón, y os deseo la gracia de Jesús, el Testigo fiel, y saludo también a los que venís de otras comunidades y os unís a nuestra celebración.

Ahora me vais a permitir que converse de modo particular con los sacerdotes.

Queridos hermanos sacerdotes:

1.- Como todos los años, el Papa, -en esta ocasión desde el Policlínico Gemelli-, ha querido ser fiel a la cita de su encuentro con los sacerdotes de todo el mundo. Y es de agradecer enormemente su gesto, su recuerdo en el dolor, su mensaje sincero. En su carta desgrana las palabras de la narración de la Eucaristía, en este año especialmente dedicado a ella. Son las palabras que cada día pronunciamos '*in persona Christi*'. Deletreando estas palabras santas y estremecedoras, nos propone el Papa un completo código de espiritualidad sacerdotal, nacida de la misma Eucaristía.

Nuestra existencia sacerdotal, dice el Papa, es profundamente *agradecida*, es una existencia *entregada*, existencia *salvada* para salvar; como es una existencia que recuerda, está *consagrada y orientada a Cristo* hasta que Él vuelva. El recuerdo de María hace también nuestra existencia *eucarística*, aprendiendo de Ella.

Mi primer punto de conversación con vosotros, amigos y hermanos sacerdotes, es subrayar nuestra existencia hondamente agradecida. "*Dando gracias a Dios, bendijo el Pan*". Así empieza la narración y la memoria viva de la Eucaristía. Lo hacemos conscientemente cada uno, con temblor agradecido. Dando gracias por

el sacerdocio y el ministerio gratuitamente recibido del Señor y con confianza puesto en nuestras manos.

*“Dando gracias”*, lo pronunciaré con vosotros en esta extraordinaria Eucaristía. Dando gracias al Padre por Jesucristo, el Señor, el Salvador. Por el Espíritu Santo, generoso, Padre de los pobres, Señor y Dador de vida. Dando gracias por nuestra Madre, la entera Iglesia Diocesana, dando gracias por todo el Pueblo de Dios, por los dones derramados en él sin medida, y por vosotros de modo especial, queridos sacerdotes.

Por vosotros. Pasado mañana se cumplirán nueve años de mi llegada a la Diócesis. El día 1 de abril de 1996 celebré con vosotros, por primera vez, la Misa Crismal. Esta fecha y estos nueve años forman ya parte de mi existencia, que recuerda y agradece.

Nueve años para recoger, sin que nada se pierda, cada rasgo de vuestra entrega diaria, los muchos gestos de esfuerzo y aguante, la alegría en el servicio, la oración intensa por la Iglesia Diocesana y por la Iglesia Universal. El mantener la mano en el arado, cuando el campo es duro y el viento pega en la cara, cuando compañeros, que recordamos, han creído que debían abandonar el tajo y nos hacían falta sus manos. Dar gracias a Dios por vuestra disponibilidad, por las buenas comunidades y grupos que de cerca acompañáis, por la realización del Plan Diocesano de Pastoral, por el Seminario, que lleváis en el corazón. Hoy, otro año más, venís por voluntad propia y con gozo manifiesto a ‘renovar el contrato’, expresión, que todos entendemos.

Doy también gracias a Dios por Don Pablo y con él por los hermanos mayores, que han soportado todos los climas de sus ya largas jornadas, y hoy también con sus limitaciones siguen de modo eficiente apoyando el Reino. Como doy gracias de corazón por el grupo grande de los que andáis a la mitad del camino. Sois herederos y, al mismo tiempo, estáis acrecentando la espléndida historia de servicio de nuestro presbiterio. Y gracias por vosotros, los más jóvenes, que nos aportáis ilusión y agilidad. Y gracias por cada uno de los misioneros, que acabo de recordar. Tenemos presentes a los sacerdotes enfermos y hacemos memoria agradecida por los sacerdotes, que en este año y en años anteriores han sido llamados definitivamente por el Padre.

Dando gracias también por tantas manifestaciones de vuestro afecto y acogida hacia mí, que no olvido y tanto me han ayudado, y esto me hace pedir os disculpas y un perdón generoso, por mis equivocaciones y omisiones.

Hermanos seculares y hermanas religiosas: Es día de acción de gracias por nuestros sacerdotes. Aquí están. A diario los tenéis cerca, como hermanos. Son vuestros sacerdotes. Algo así es vivir esta Eucaristía.

2.- Después de este recuerdo, que me sugiere el mensaje del Papa, os invito, en segundo lugar, a vivir la escena llena de luz contagiante de la sinagoga de Nazaret.

Abrid los ojos y acompasad el corazón. De Nazaret, después de treinta años de trabajo anónimo, salió el Señor para colocarse, “como uno de tantos”, en la fila de los que pedían a Juan el Bautismo. De este modo empezó su ministerio nuestro Sacerdote y Profeta, Jesús. El Espíritu lo ungió, fue un día memorable que Juan vivió con emoción, con temblor y fue testigo de la voz clara del Padre.

El Espíritu empujó después a Jesús al desierto. El desierto fue tiempo de soledad y dureza, de fortaleza y de convicciones. La prueba, al final, fue insinuante, sugerente y persistente: desviarle del proyecto de Dios y olvidarse por entero de él. Pero el Señor resistió.

Del desierto Jesús volvió, de nuevo, a Galilea por la fuerza del mismo Espíritu, y un día llegó a Nazaret, donde se había criado. También aquel día fue protagonista el Espíritu. En la sinagoga de Nazaret Jesús nos ofrece en pocas palabras la clave de su ministerio y la síntesis de su vida.

Se siente ungido por el Espíritu, por Él fue antes concebido. Se sabe enviado, acompañado, impulsado por el Espíritu. Y su misión se reduce a dos tareas: Anunciar incansablemente la Buena Noticia a los pobres y el año de gracia de Dios Padre, y la segunda tarea, muy unida a la primera y soldada con ella, es proclamar la libertad del hombre cautivo, abrirle los ojos, fortalecer a los tullidos.

Ésta es la tarea, que el Padre le ha encomendado. Éste es el secreto de su fuerza, el Espíritu.

*“Hoy se cumple esta Escritura”*, dijo Jesús para todos nosotros en Nazaret. Pero, dejadme decir, queridos hermanos sacerdotes, que hoy, esta misma mañana, aquí se está cumpliendo, aunque sea a enorme distancia, esa misma Escritura.

Porque a cada uno de nosotros nos es lícito repetir: *“¡El Espíritu del Señor está sobre mí!”*. No es sólo una afirmación real de la fe. Es también el grito convencido del que se sabe, con humildad y sencillez, ungido por el Espíritu y enviado por Él.

Hermano sacerdote: Estás empapado del Espíritu. Mírate despacio, y repítete de verdad: “¡Estoy ungido!”. Algo aconteció en mí. Sí, estoy ungido. No estoy nunca solo, ni soy sólo para mí.

Te esperan los pobres, los muchos ciegos, los cautivos y aprisionados. Es un gentío inmenso. Es tiempo de buenos samaritanos.

Te esperan las muchas gentes alejadas. Están reiterando y borrando el Nombre de Dios y de Jesucristo. Rechazan el mensaje que les ofrecemos. Y, sin embargo, necesitan a Jesús y su Evangelio, aunque no lo digan, o precisamente porque lo rechazan.

Te esperan movimientos apostólicos y comunidades extraordinarias, otras veces, adormecidas y cansinas, que necesitan el coraje del pastor, que incansable va delante, las saca de lo cómodo, para que noten el barro, el aire frío y también

abundantes espacios de bien, y muchas 'semillas del Verbo', esparcidas en nuestra tierra.

“Estáse ardiendo el mundo”, gritaba con fuerza Santa Teresa para alentar la generosidad y la audacia a sus monjas.

¿Es, por eso, tiempo de desencanto? No dudo que existen muchos motivos y tentaciones. Pero, no es tiempo de desilusión, cuando hay tanto que vivir, vivir con emoción, con gratitud y sencillez, con esperanza inmensa. No es tiempo de desaliento, cuando tenemos en nuestras manos pobres tanta vida y tanta luz.

*“El Espíritu del Señor sobre mí”*. Que lo oigamos esta mañana todos y cada uno. Que es verdad. Que despertemos, si es preciso. Que podemos con el Espíritu. Que no somos sólo voluntaristas, porque hay una impresionante fuerza en nosotros.

Venimos a renovar los compromisos sacerdotales. En la alianza que Jesús, el Señor, nos propuso hace años, -a algunos hace sólo un año-, en esa alianza entra, por parte de Dios, la fuerza del Espíritu.

Por eso, son momentos de inmensa generosidad. No son tiempos de mediocridad o regateos. ¿No oímos el clamor silencioso y abundante de tantos pobres e inmigrantes, que van creciendo? Ellos serán nuestros jueces, dijo Jesús. ¿No sentimos en la cara el latigazo de la increencia?

Lo que para nosotros resulta desilusionante es construir nuestro ministerio al margen del Espíritu en una soledad mortal y suicida.

*“El Espíritu del Señor sobre mí”*, como al principio. No había entonces medios ni caminos. Había evangelizadores apasionados. No había templos ni era lo más urgente. Había testigos convencidos y la pasión por anunciar y dar a conocer a Jesús, a tiempo y destiempo. Vivían al 'aire' del Espíritu.

Ser presbítero, ser sacerdote hoy es especialmente apasionante. Nadie nos ha dicho que sea cómodo o fácil. Cuántas veces en nuestra barca el viento viene de proa o de costado.

Porque no vivimos enclaustrados. Somos sacerdotes seculares, y esto vale también para los sacerdotes religiosos. Padecemos, por ello, y nos llega del todo el dolor de esta humanidad herida, sin norte. Hablan de una sociedad nueva, que se está alumbrando, en Alicante también.

En este ambiente, perdonad que os lo repita, es posible ser sacerdote, es posible mantenerse fiel, es posible levantarse cada mañana esperanzado y con aliento. Es posible y necesario. Es además urgente vivirlo con sencillez en nuestra pobreza grande, como gracia, con la certeza de que el Espíritu crea en cada uno de nosotros una corriente de esperanza en Dios, de alegría también. Es su gracia, es ilusión, es entusiasmo. Los crea y renueva el Espíritu.

Hoy en cada uno de nosotros se cumple esta Escritura. *“Estoy ungido por el Espíritu. Estoy enviado por Él”.*

3.- Queridos hermanos sacerdotes: Hay, sin duda, tentaciones y también motivos para el cansancio y el desencanto. Pero, al mirar detenidamente a Jesús en la sinagoga de Nazaret, al contemplarlo, sobre todo, en las horas de la Pasión, lo que de veras surge en cada uno es la *seducción* de Jesús. “Me sedujiste”, confesaba Jeremías, y me dejé seducir. Hoy nos está seduciendo el Señor. Sedujo a los mártires de nuestro presbiterio, como en nuestro presbiterio creció y entregó su vida Don Diego, otro seducido por el Señor.

Jesús, decía San Pablo, para mí lo es todo, es alentar, es pensar, es amar, es sufrir y esperar, es vivir. Llamaba basura a todo lo demás, puesto en comparación con Cristo. ¿Eran utópicos? Eran creyentes. Porque, no es concebible que seguir a Jesús genere desilusión.

Por eso, en esta mañana de renovar con los compañeros las promesas sacerdotales, cuando llegamos con las gavillas de tanto bien en las manos, pero también con el cansancio y el estrés, y la dureza del camino y tantas tentaciones al oído, Jesús vuelve a hacernos la pregunta que hizo a Pedro. Fijaos, lo primero no es preguntarnos ni siquiera por Plan Diocesano de Pastoral. La pregunta primera y única, repetida tres veces es ésta: *“¿Me quieres?”* Hoy, ¿me quieres? ¿Aceptas hoy una relación de amistad, de confianza en mí, de confianza mutua, de fidelidad? ¿Me quieres? Así nace la caridad del pastor, la caridad pastoral.

Así merece la pena ser sacerdote hoy. Ha valido la pena venir con los hermanos a rehacer la alianza y a reavivar las brasas.

Le pido a Nuestra Señora, la Inmaculada, Patrona del Seminario, generosa, disponible y libre, que susurre a cada uno en su corazón: “Hoy vale la pena ser sacerdote. También, porque cuesta serlo. Sobre todo, porque Cristo se ha fiado de mí”.

“Te seguiré, Señor. Seguiré, porque sé que el Espíritu de Dios está sobre mí, Él me ha ungido, Él me está enviando”.

No os olvidéis de llevaros los óleos. Id a las comunidades y saludadlas de mi parte. No dejéis sendas por recorrer. Respirad fuerte el aire del Espíritu. Caminad con esperanza. No temáis. Anunciad con coraje al Señor. Curad a los enfermos. Jesús está vivo en vosotros.

Queridos hermanos seculares y queridas religiosas: Estos óleos os recuerdan vuestra vocación. El Espíritu os marcó y os unió a la comunidad creyente. Acoged a vuestros sacerdotes y con ellos haced fuerte el amor fraterno y la comunidad. El Señor esté con vosotros.